

CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado Don Quixote contó, que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las quatro de la tarde serian, quando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quixote, para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente.

Á obra de doce, ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo quando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abaxo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrar-me en ella y descansar un poco. Di vo-

ces, pidiéndoos que no descolgádes más sogá, hasta que yo os lo dixese, pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurar-lo, me saltó un sueño profundísimo, y quando ménos lo pensaba, sin saber como, ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, y ameno y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme, si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio, ó álcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados: del qual abriéndose dos grandes puertas, vi que por

ellas salía y hacía mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrasaba: ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubriale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces; y los diéces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo, fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy Alcayde y Guarda mayor perpetua, porque

soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dixo, que era Montesinos, quando le pregunté, si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna. Debía de ser, dixo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quixote; pero no sería dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga Vuesa Merced, señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió Don Quixote, y así digo, que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquísimamente sobre modo y toda de alabastro, estaba

un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el qual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa), señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo: tiéncle aqui encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantó, nadie lo sabe y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto, como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras, porque se-

gun los naturales, el que tiene mayor corazon, es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero? como ahora se queja y suspira de quando en quando, como si estuviere vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dixo:

*Ó mi primo Montesinos,
lo postrero que os rogaba,
que quando yo fuere muerto,
y mi anima arrancada,
que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.*

Oyendo lo qual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dixo: ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dexase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo parti con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bas-

tantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían, de haberos andado en las entrañas, y por mas señas, primo de mi alma, en el primero Lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la qual con vos y connigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años, y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las quales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañiendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio, llamado de su mesmo nombre, el qual quando llegó á la superficie de la

tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dexaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir á su natural corriente, de quando en quando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito, ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las quales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aqui en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores yenta-

jas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y quando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baxa, quando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar: y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejiunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como

unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Dixome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la qual con sus doncellas quatro dias en las semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamiento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza: y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque ha muchos meses y aun años, que no le tiene, ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fue-

ra, apenas la igualara en hermosura, donayre y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixexo yo entónces, señor Don Montesinos: cuente Vuesa Merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para que comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí. Á lo que él me respondió: señor Don Quixote, perdóneme Vuesa Merced, que yo confieso que anduve mal y no dixexo bien, en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé que barruntos, que Vuesa Merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixexo Sancho, de como Vuesa Merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió Don Qui-

xote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien, que no nos quedámos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasámos. Á esta sazón dixexo el primo: yo no sé, señor Don Quixote, como Vuesa Merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá baxo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Quanto ha que baxé? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció y amaneció y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo, que á mí cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dixexo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió Don Quixote. ¿Y ha comido Vuesa Merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió Don

Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dixo el primo. No comen, respondió Don Quixote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de, dime con quien andas, decirte he quien eres: ándase Vuesa Merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho, que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdoneme Vuesa Merced, señor mio, si le digo, que de todo quanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo en cosa alguna. ¿Como no? dixo el primo; pues habia de mentir el señor Don Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, ¿que crees? le preguntó Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que Vuesa Mer-

ced dice que ha visto y comunicado allá baxo, le encaxaron en el magin; ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quixote; pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero que dirás, quando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las quales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage; por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, quando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso. Pregunté á Montesinos, si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba, que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras ¹³ de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas

figuras, entre las quales conocia él á la Reyna Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino á Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio, ó morir de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador del tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente, que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dixo: en mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día baxó Vuesa Merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba Vuesa Merced acá arriba con su entero juicio, tal qual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de Vuesa Merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame Vuesa Merced aho-

ra que estamos en paz: como, ó en que conoció á la señora nuestra ama? y si la habló: que dixo y que le respondió? Conocióla, respondió Don Quixote, en que trae los mesmos vestidos que traía quando tú me la mostraste. Háblela, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas y se fué huyendo con tanta prisa que no la alcanzara una xara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos, que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díxome asimismo, que andando el tiempo se me daría aviso, como habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué, que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baxa voz me dixo: mi señora Dulcinea del Toboso besa á Vuesa Merced las manos, y suplica á Vuesa Merced se la haga de hacerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á Vuesa Mer-

ced quan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traygo de cotonia nuevo media docena de reales, ó los que Vuesa Merced tuviere, que ella da su palabra de volverse los con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: créame Vuesa Merced, señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondi, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que tocase por los caminos) y le dixé: decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y

que le hago saber, que yo no puedo, ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico quan encarecidamente puedo, sea servida Su Merced de dexarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que quando ménos se lo piense oirá decir, como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á mantecas, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle: y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe Vuesa Merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el ayre. ¡Ó Santo Dios! dixo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan dis-

paratada locura! Ó señor, señor, por quien Dios es, que Vuesa Merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades que le tienen menudado y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desamancera, dixo Don Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica, ni disputa.

VARIANTES

DE ESTE TOMO CUARTO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

1 Pág. 15. ¿ Quien... mas cortes que Ruge-ro, de quien decíenden hoy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su *Cosmografía*? Así dice la primera edición hecha en Madrid año de 1615, á la que se ha arreglado el texto. En la de Valencia de 1616 faltan las palabras: *de quien decíenden hoy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía.*

2 Pág. 104. Piden nueva atencion y nuevo crédito. *La de Valencia*: piden nueva atencion y crédito.

3 Pág. 196. Llegó en esto el carro de las banderas, en el qual no venia otra gente que el carretero. *La de Valencia*: llegó en esto el carro de las banderas, con el qual no venia otra gente que el carretero.

4 Pág. 198. Si no abris luego luego las jaulas. *La de Valencia*: si no abris luego las jaulas.

5 Pág. 199. Pudieras ahortar desta diligencia. *La de Valencia*: pudieras ahortar esta diligencia.

6 Pág. 218. Lo que pienso hacer, es el rogar al Cielo, &c. *La de Valencia*: lo que